

SILUETAS DONOSTIARRAS

JOSE GUARDASOLGILLIA

ENTRE los tipos populares que destacaban en la sociedad donostiarra en la época de las murallas y algunos años más tarde, figura el que encabeza estos apuntes.

No sabemos si la celebridad alcanzada entre los *choriburús* de la época, se debió a personales circunstancias, o fué más bien resultado de aquel fino y regocijado humorismo donostiarra, dispuesto a sacar de sus casillas al ser más equilibrado y ecuánime.

Lo cierto es que *Joše Guardasolgillia* era por derecho propio, o por generosa concesión, una de las celebridades salientes entre los tipos populares de la vieja Donostia.

A juzgar por el remoquete con que siempre se acompañaba su nombre, era *Joše* fabricante de paraguas, pero nadie se ha detenido a dar la más ligera noticia respecto a esa profesión que debió ejercer el popular *jošemaritarra*. En este punto, que debiera ser el principal, estamos completamente a oscuras.

Pero en cambio, en lo que se refiere al *Joše*, relojero y pirotécnico, nos han transmitido una de cuentos, anécdotas y chascarrillos que no tiene fin.

Parece que *Joše Guardasolgillia*, era el encargado de arreglar todos los relojes de los caseríos que circundan esta Ciudad; una especie de *Petriquillo* de la relojería rural.

Y entre otros episodios pintorescos que se refieren en este aspecto relojístico de nuestro personaje, hay uno que todavía comentan los donostiarra con sonoras y regocijantes carcajadas.

Érase un caserío en las proximidades de Miracruz, donde un des-

vencijado reloj mudo y sin movimiento desde hacía algunos meses, requería el concurso de aquel extraño mecánico que, en tocante a ruedas, demostraba igual competencia en las de un reloj que en las de un castillo de fuegos artificiales.

Como en el arreglo de los relojes entraba una suculenta merienda rociada con rica sidra espumosa, solicitó la cooperación de Marcial *Zikiñ*, quien, si como arreglador de relojes no había demostrado aún su suficiencia, en tocante a merienda y sobre todo a la sidra, era una primera medalla.

Allá se fueron ambos técnicos, pensando, más que en péndulos y contrapesos, en las exquisiteces de la merendola en perspectiva.

Salióles al encuentro la hacendosa *echekoandre*, quien les condujo a la amplia sala, *gela nagusiya*, donde junto a la pared se recostaba el destartalado reloj causa principal de su visita, advirtiéndose en el centro de la pieza una amplia mesa cubierta con blanco mantel, que denunciaba la soñada y ansiada merienda.

Las miradas de los visitantes se repartieron. Las de Marcial *Zikiñ* fueron para la mesa, las de *Joše Guardasolgillia* se clavaron en el reloj. Y apenas hubo penetrado sus narices en aquel dédalo de ruedas, palancas y engranajes un gesto de contrariedad se dibujó en su semblante, mientras decía por lo bajo al improvisado consocio: «No tiene arreglo».

Aquel gesto de contrariedad se convirtió en desesperación al trasladarse a la faz lustrosa de Marcial. Como que suponía la pérdida de la merienda. Pero tuvo José en aquel momento un rasgo heroico, y dirigiéndose a su compañero murmuró:—Ya lo arreglaremos para mientras dure la merienda.

En efecto, momentos después y ante el asombro de las gentes del caserío, el péndulo oscilaba nuevamente con majestuosa regularidad, y venciendo estridentes resistencias de engranajes enmohecidos, comenzaba el minuterero a recorrer la órbita señalada en el cuadrante.

Con la alegría causada por el suceso comenzaron a transportar a la mesa los apetitosos platos de la suculenta merienda, mientras se destacaban con estrépito botellas de dorada y burbujeante sidra.

Ambos comensales se sentaron a la mesa con ardoroso entusiasmo, y si José hizo honor a los platos, Marcial *Zikiñ* puso nuevamente de relieve la excelsitud de sus facultades gastronómicas.

Pero sea que se descuidara José al hacer el arreglo, o que la merienda se prolongara más de lo calculado, lo cierto es que cuando con

mayor alborozo y más intensa satisfacción saboreaban las delicias de aquella opípara merienda, comenzó el reloj a dar horas y más horas, en tal número que hay que reirse de las veinticuatro de la esfera dastista. Era un campaneó sin solución de continuidad, algo como la llamada de incendios.

Y causó un efecto semejante. Antes de que los confiados comensales se dieran cuenta del conflicto, comenzaron a subir por las escaleras del caserío, en tumultuoso desorden, todos los vecinos de la casa, protestando con gritos descompuestos, amenazas, insultos, deprecaciones.

Pero la serenidad e ingenio de *Joše Guardasolgillia* hallaron solución al inevitable percance, e irguiéndose altivo, impuso silencio a aquel desbordamiento de agresiva protesta, mientras preguntaba con tono y ademán autoritario:

—¿Cuánto tiempo ha estado parado este reloj?

—Tres meses, respondió la *echekoandre*.

—Pues bien, continuó José, ahora está tocando las horas correspondientes a esos meses que ha permanecido mudo, y en cuanto complete el número, entrará en perfecta y absoluta normalidad.

La explicación debió satisfacer a los caseros, quienes se retiraron silenciosos; y *Joše Guardasolgillia* y Marcial *Zikiñ*, sin esperar la verificación de sus pronósticos, se retiraron prontamente, mientras comentaban con regocijo las peripecias de la jornada relojística.

Pero dejemos la relojería y pasemos al otro aspecto pintoresco de *Joše Guardasolgillia*. Veámosle como fabricante de *mokollos* y *ziririskos*. Debía ser su fuerte, y tan fuerte que cuando hacían su aparición los productos pirotécnicos de este forjador del rayo artificial, los cristales de la plaza saltaban hechos añicos.

En comprobación de lo dicho léase la descripción que hace *Kalei Kale* en su «A través de Iruchulo»:

«El *zezen-zusko* más salado y que más ha agradado al público donostiarra, ha sido el que confeccionó hará cosa de 20 a 22 años un célebre industrial, cuyas aficiones a la pirotecnia le tenían vuelto el seso.

»Apenas apareció en la plaza, comenzó a esparcir un polvillo negro que el autor decía ser pólvora de Angulema, pero que debía ser cisco incombustible, pues no ardía y con intermitencias, de tarde en tarde despedían los cartuchos algunas chispas, después de un estallido que lanzaba el tubo de cartón deshecho en mil pedazos sobre el público.

»La parte de ruedas, fuentes y demás figuras que se emplean en los fuegos de artificio, era lo que más llamaba la atención en J.... por

la naturalidad con que presentaba la escena, pues una noche se propuso parodiar el bombardeo del Callao y ¡vive Dios! que no lo pudo hacer mejor el mismísimo Méndez Núñez, pues a los primeros disparos de las bombas de color hubo de retirarse toda la gente de los balcones y cerrar éstos, tal era la admirable puntería con que el célebre pirotécnico lanzaba los proyectiles sobre los descuidados espectadores.»

Comentábanse grandemente los éxitos estrepitosos de la especial pirotecnia de *Joše Guardasolgillia*, y en cada grupo y en cada corrillo dedicábanse con fruición a hacer las más graciosas conjeturas. De entre aquellos grupos había uno que tenía por punto de reunión la primitiva sociedad «Unión Artesana», a cuyo grupo no era extraño el propio interesado; y cierto día que se daba rienda suelta a las más extravagantes ocurrencias relacionadas con la pirotecnia en cuestión, dió a conocer el inolvidable vate Ramón Artola los siguientes ingeniosos e intencionadísimos versos:

JOŠE GUARDASOLGILLEARI

Guardasolgille Jošek

Milla bat entsayo
Egiñ arren su onik
Irtentzen etzayo
Gizon orri polbora
Kentzen ezpazayo
Denbora guchi barru
Erotuko zayo.

Lengo gabian orren
Suak erre dira
Rueda politak ziran,
Ibilli balira,
Eragin gabe ezin
Eman zuten jira
Farrez egondu giñan
Ayeri begira.

Bi buelta eman eta
Ziraden gelditzen
Istantean indarra
Zitzayoten iltzen
Gero eskubarekin
Zituen ibiltzen
Ler gaišto egiñ zuben
Ayek erabiltzen.

Plaza erdiyan orlako
Suakerakusten
Nola eztiyon nago
Iñork erausten
Gauz onak egotenda
Jendia ikusten
Arrek eztu kulparik
Diyotenak uzten.

Andriak erriyetan
Maiz diyo ematen
Ikusirik alperrik
Gastubak egiten
Ichurako gauza beñ
Ezintzayo irten
Zenbait far jendiari
Diyo eragiten.